

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## CARTA DE BARCELONA

### *Tras los pasos de Azúa y Manganelli*

Hace dos meses, en estas mismas páginas, distinguía yo entre los escritores que escarban e inspeccionan neuróticamente en los primeros años de su vida y encuentran ahí una inspiración inagotable y aquellos que en sus primeros años no encuentran nada (el caso de Larkin, por ejemplo: “la infancia, ese aburrimiento olvidado”), absolutamente nada, ni una sola cicatriz psicológica y menos aún un estímulo para la fiereza de la vida imaginativa. En la página de al lado,<sup>1</sup> sin que nos hubiéramos puesto de acuerdo, Félix de Azúa le escribía una carta a Javier Cercas y le decía que le seguía pareciendo útil distinguir entre el narrador de historias y el artista de la narración: Vargas Llosa, por ejemplo, en contraste con Manganelli.

<sup>1</sup> El autor se refiere a la edición española de *Letras Libres*, que el lector puede consultar en [www.lettraslibres.com](http://www.lettraslibres.com).

Salvo para un amigo, mi artículo pasó inadvertido. El de Azúa, en cambio, provocó en la ciudad donde vivo un aluvión de comentarios. Desde entonces a Azúa lo invitan a todo y a mí a nada. Incluso Cercas se ha sentido tocado por el artículo de Azúa y le contesta en las páginas de este número de la revista. Yo me he refugiado en la lectura de Manganelli y ya ni me atrevo a salir de casa, pongo como excusa que estoy acabando una novela. El amigo que me comentó el artículo lo hizo para dejarme planchado. “Esas divisiones entre escritores...”, dejó caer de pronto. Le pregunté qué estaba insinuando. “Es el gusto por la división”, me dijo, “las parcelas, las miniaturas, las ventanas, el haikú, los escritores divididos en dos únicos bandos, el fragmento. En suma, según se elija, todo lo articulado del semántico o todo el material del fetichista. A este gusto se le declara progresista: el arte de las clases en ascenso procede por encuadramientos”. Ese día no pude dormir mucho, de nada me sirvió recordar lo merluzo que

era mi amigo en sus años leninistas. Apenas pegué ojo en toda la noche. Me dediqué a leer a Manganelli.

De Manganelli adoraba sobre todo su “Discurso sobre la dificultad de hablar con los muertos”, incluido en *A los dioses ulteriores*, un libro que Anagrama publicó en 1985 y que leyeron sólo cuatro admiradores de los artistas de la narración. Me dediqué a leer esta vez todo lo que encontré del genio milanés, que, por cierto, en su libro *A y B* también mostraba cierto gusto por la división. Ya nada más empezar a leerlo, encontré unas frases que me remitieron a la división entre escritores de recuerdos y escritores del presente: “Si escarbo en mis primeros años, incluso sin tanta necesidad de escarbar, esto recuerdo de mí: que no sabía atarme los cordones de los zapatos.”

Procedí por encuadramientos y, casi sin querer, llevado supongo por el gusto de mi clase social por la división, comencé a distinguir entre escritores que llevan bien atados sus zapatos y los que se pasan la vida sin saber atárselos, como en el caso de Manganelli: “No sabía atarme los cordones. Ahora bien: no sólo no es imposible, sino del todo razonable, suponer que en aquel entonces nació lo que por pura diversión podría llamar la vocación del escritor [...] ¿No sé atarme los cordones de los zapatos? Bien, escribiré libros.”

En el bando opuesto a Manganelli tenemos a un escritor que solía atarse muy bien los cordones y, es más, sabía hacerse la lazada: Ernst Jünger. Este escritor, que debemos situar en el bando de los que tenían recuerdos de infancia —por seguir dividiendo que no quede—, se acordó toda la vida de una mañana de verano en la que, siendo un niño, despertó con unas ganas inmensas de ir al bosque. Era muy temprano, aún no habían traído el pan y el silencio reinaba en toda la casa paterna. No había inconvenientes para escapar. Pero tenía un problema: aunque sabía ponerse las botas, no sabía hacer la lazada. “Pero querer es poder”, explica Jünger, “todavía me acuerdo de la alegría que me entró cuando logré hacer la maniobra”.

Ese recuerdo acompañó siempre a Jünger, que siempre pensó que le habría bastado con hacer un nudo, pero prefirió la lazada, lo que adquirió a la larga un significado en su vida: para hacer poesía e incluso para escribir prosa hay que saber hacer lazadas, imperceptibles para el lector, pero muy interesantes para el prestigio propio del autor.

Escritores que hacen lazadas y escritores que ni saben atarse los cordones de los zapatos. El gusto por la división me empujaría ahora alegremente a poner en un bando a Jünger y en el otro a Manganelli, de no ser porque sería demasiado simple y además deshonesto una división así, pues si alguien hacía lazadas literarias geniales era precisamente Manganelli. De modo que me siento frustrado y, además, apenas puedo explicarme cómo alguien que no sabía atarse los cordones de los zapatos podía estar en el bando literario de los maestros de la lazada. Está claro que no siempre es tan fácil dejarse llevar por el gusto de dividir. A veces para dividir hay que hacer lazadas, lo que demuestra que no es buena la sencillez o el apresuramiento a la hora de dividir. Jünger sería del grupo de los escritores que saben atarse los zapatos, presenciar fusilamientos, hacer lazadas en prosa, vivir más de cien años y atentar contra los dictadores —por poco liquidada a Hitler—, mientras que Manganelli sería del bando de los que hacen lazadas en prosa, están siempre resfriados y viven sólo setenta años, son incapaces de eliminar dictadores y no aprenden nunca a atarse los zapatos pero tampoco son capaces de aprender a no atárselos. Atención, permítanme que lleve mi clasista y decadente gusto por la división, sencilla o no, hasta el final de este artículo: en el grupo de los incapaces de aprender a no atarse los zapatos no hay ni un autor de esos que escriben obras maestras con la mano derecha (obras que nunca son imprescindibles) y sí en cambio están los que construyen obras maestras escritas con la zurda, que son obras de excepción, de esas que siempre van a hacernos falta. Si yo ahora fuera un hombre moderno, es

decir un hombre dividido, diría que esas obras de excepción que siempre nos serán imprescindibles se dividen en dos apartados. Pero bueno, basta. Voy a atarme los zapatos. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

## POLÍTICA CULTURAL

### *Leyendo con el cambio*

El 14 de julio del 2000, en la presentación de su propuesta cultural, Fox le dijo al reducido grupo de escritores que útilmente había votado por él: “Yo me formé leyendo las señales de las nubes y los avisos de la buena tierra del Bajío: yo aspiro a ser, en compañía de ustedes, un estadista que permita la búsqueda de nuestras indispensables verdades, la fiesta de nuestra belleza y la plena restauración de la cultura, que es lo único que permitirá florecer a nuestra Suave Patria.” Más allá de que “la fiesta de la belleza” sea el nombre del certamen Señorita México, el que haya equiparado a las nubes con la letra impresa auguraba un tormentón en el que habría libros de riego y de temporal, sequías, inundaciones. En menos de veinte meses, los escritores, las editoriales, las librerías y los lectores lo hemos notado: la iniciativa fiscal del IVA a los libros, la realidad del ISR a los ingresos de los creadores y no a sus ganancias y, el mismo día que Sara Bermúdez, la “sorpresa” del presidente en Conaculta, anunciaba que iríamos “hacia un país de lectores” (¿qué?, ¿nos van a llevar a Francia?), se le quitaba la exención del IVA a las editoriales, lo que subirá, al menos en quince por ciento, el precio de los libros.

Pero, como siempre, no deseo amargarles el rato. Queriendo creer que el gobierno no sólo quiere desaparecer a lectores, escritores y editores, sino que tiene, en la otra mano, una propuesta fundada en algo, me adentro en la poética de José Luis Borges. “Hacia un país de lectores”, la gran “sorpresa”, comienza con estas palabras que me alienan a continuar con su lectura: “La lectura, en especial la de libros...” (¿y en

general?, ¿no incluirá las cartas?). Y continúa audazmente: “Un lector se forma leyendo; la columna vertebral de cualquier programa de formación de lectores tiene que ser la lectura misma” (¿y si fuera la ortopedia de la misma columna vertebral?). El nervio, para continuar, consiste en centralizar en una biblioteca, la de México “José Vasconcelos”, todas las terminales bibliotecarias y tomos (que alguien avise que ya existe la Biblioteca Nacional), y treinta millones de dólares del monedero de Bill y Melinda Gates para el cómputo en 1,200 bibliotecas (¿computadoras de 25,000 pesos cada una? Ah, es que leen por ti, te escriben tus memorias y te pasan la aspiradora en toda la casa) y otros diez millones de dólares de Microsoft (¿facturando con empresas distintas, Bill?) para “las mismas bibliotecas” (un *software* que también es *jacuzzi*, sin duda). Además, Martita de Fox encabezará una campaña para que, en el 2006, haya 7,000 bibliotecas públicas construidas, que será el crecimiento del siete por ciento tan prometido. Eso, por lo que hace a infraestructura. El apoyo a las editoriales será a siete de ellas (México Desconocido, Verdehalago, El Milagro, Sin Nombre, Aldus, en el rango de “pensé que ya habían desaparecido”, y a Planeta y Santillana) y al cereal Kellogg’s (si “Choco Crispis” es un autor hindú, “Fruti Loopis” debe de ser un poeta griego), ¿quién pagará “el libro infantil que tendrá un efecto de sinergia de presencia masiva” (es decir que viene con fibra integral que convierte a quien se lo come en telépatha). Muy pertinente en un programa de estímulo de la lectura es el rubro de la formación de lectores, digo, si ya tengo edificios, tirajes de libros y computadoras, ¿qué me estará faltando? Se formarán unos lectores muy paradójicos, se nos dice, a través de mil “Salas de Lectura” de Chiapas a Phoenix (más edificios, chin, no le damos) y tres estrategias que ya han probado su eficacia: “Se editarán carteles que llevarán material de lectura” (o sea, no el puro dibujito), “se producirán cápsulas para radio y TV dedicadas a la lectura de un texto capaz

de atraer la atención del público” (suplico, de nuevo: fomentar la lectura del texto donde se fomenta la lectura), y cápsulas motivacionales, cuya definición es: “Se trata de cápsulas que motiven a la población a acercarse a los libros.” Hay, según entiendo, la idea de invitar a “personalidades deportivas” (buenas tardes, tengo una personalidad golfística, imítenme) para motivar sinergia hacia la lectura: “Soy el Piojo Gutiérrez, boxeador, nunca leí un libro y tengo tres títulos. Lean, amiguitos para que no sean como yo.”

Hasta donde puedo apreciar, las cosas no irán mal en el sexenio: habrá mucha motivación y sinergia, salas, otra megabiblioteca, varios cuartos de cómputo, carteles con letras, y oportunidades de sobra para acercarse a eso que dice el Piojo. Por lo pronto, a mí, por este análisis sesudo, me descontarán el quince por ciento, el mismo que pagaría si deseara, en mis fantasías más enloquecidas, comprar un libro (¿para qué, si en el 2006 puedo ir a mi “sala de lectura”?). Todo ello, sin duda, nos llevará hacia el país de los lectores, un lugar detrás del espejo en el que nadie puede llegar ni a la mitad de la lectura de “El dinosaurio” de Monterroso y donde los *Doce cuentos peregrinos* no son ni tres y, en realidad, es una novela porno. Es un lugar en el que los funcionarios redactan sus propios programas de gobierno. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

## ETNOGRAFÍA

### *Italianos, metafísicos asesinos*

Los italianos aman los delitos, aman matarse entre ellos, aman saber con lujo de detalles la vida de quien ha asesinado, de quien ha sido muerto, de quien fue un simple testigo. Y todo es para tener de qué hablar, para ser jueces —arma o justicia a la mano— de las historias de otros.

Tomemos de estas semanas una felonía de cierta crónica obscena: un niño asesinado en su casa, en Cogne, Val

d’Aosta, esa orilla italiana de lengua francoprovenzal en el extremo noroeste. Una comarca alpina de ensueño, como sacada de una cajita de chocolates, con sus vacas y sus prados y sus castillos. Y un muerto de tres años. La madre cae bajo sospecha, es arrestada, interrogada. Toda Italia se frota las manos, los italianos tienen el derecho de saber, necesitan reseñas sobre los hechos. La madre se convierte en una estrella. Se encadenan sondeos de opinión entre “inocentistas” y “culpabilistas”: los italianos, los mismos que han votado por el patriarca de la televisión y lo han mandado a gobernarlos, votan. Todos dicen su verdad. En las oficinas, en los supermercados, en sus llamadas a la radio, hablan, explican, saben. Saben todo, todos.

El año pasado, en Tortona, una pequeña ciudad del Piamonte, una muchacha de dieciséis años mató a la madre y al hermanito. Los mató en casa. En compañía de su novio. Después corrió por la calle gritando: “¡Auxilio, llegaron a mi casa los eslavos! ¡Auxilio!” La Liga del Norte organizó rápidamente una marcha contra los “eslavos” asesinos que llegan a nuestras casas y nos masacran. No había arrancado siquiera aquella marcha, cuando la muchacha confesó haber matado ella misma a la madre y al hermanito de diez años, en compañía del novio, una tarde cualquiera, así... por nada... Pero a nadie se le ocurrió proponer una marcha contra los italianos asesinos que habitan en nuestras propias casas y nos masacran. Todos se convirtieron entonces en psicólogos, psiquiatras, sociólogos. Todos hablaron a favor o en contra de aquella muchachita, para salvarla, para condenarla, o para encontrar los motivos ocultos de aquellos sucesos, hinchados todos de sapiencia, y de envidia. Ahora ella, la asesina, es una pequeña diva de la información.

Vayamos un poco atrás... diríamos que en Italia se festeja un delito al año. Antes había tocado a una condesa, cuyo cadáver fue encontrado en la suntuosa villa de Portofino, esa joya turística de las costas de Liguria. Delito de gran

clase, misterioso, con algo de amante mexicano implicado en su factura.

Los italianos aman los delitos. Y los cometen. ¿Quién no recuerda a Orson Welles en *El tercer hombre*? “En Italia, durante treinta años, bajo el imperio de los Borgia, se sucedieron guerras, terror, asesinatos y sangre, y todo ello hizo posible a un Miguel Ángel, un Leonardo da Vinci, un Renacimiento. En Suiza, lo que siempre ha existido es el amor fraterno, cuatrocientos años de paz y democracia. ¿Y qué cosa ha producido todo esto?: El reloj de cucú.” Lo mejor es cuando Italia se parece a Suiza, y el monstruo puede despeinar mejor la ordenada vida de los jueces. Como sucedió en Cogne, como sucedió en Tortona. Como en el Turín de los años treinta, descrito en un libelo de Guido Ceronetti, *La verdadera historia de Rosa Vercesi y de su amiga Victoria* (Einaudi Editores, 2000). Un delito que involucra a mujeres, sobre un fondo de homosexualidad, resulta la ocasión para una brillante y profunda metafísica del homicidio, en la cual los expedientes policíacos, las actas del proceso, las crónicas de la época escudriñan los mecanismos más íntimos que habitan el impulso de aniquilar al otro. Con verdadero estilo, en una época todavía no obsesionada con los ritmos parabólicos de la producción masiva, en la ciudad proverbial del automóvil y de la propensión satanizante de Italia. La época de la compostura, del saludo fascista, las sonrisas y la buena educación. En este contexto, el delito de Rosa Vercesi ocurre, según los testimonios policíacos, “en el espasmo de la conjunción”. Puede decirse que con amor.

No resulta paradójico que la novela por excelencia del siglo XX en Italia (un país que viene a ser, más que cosecha, materia de novelas) sea aquella incompleta de *El zafarrancho aquel de Via Merulana*, de Carlo Emilio Gadda, publicado por entregas para una revista en los años cuarenta, y como libro hasta 1957. Una indagación en torno a un oscuro crimen, que deslumbra a un pueblo enceguecido y ebrio, que no hace otra cosa que palparlo, goloso y satisfecho, vociferando su propia pantomima en

torno al negro agujero del ausente. Y el chiste es que el mismo Gadda ignoraba quién era el asesino, y de ahí la acabada indefinición del caos.

Pero, ¿qué cosa empuja a los italianos a amar los delitos, a matarse entre sí, a querer saber todo acerca del que muere, del que vive, de aquel a quien nunca se habrían dignado a saludar en su vida? De la madre del infante muerto en Cogne —es decir, de una persona desconocida— se habla como si fuese una prima, la vecina que salió apenas al hacer mercado. Se la llama por su nombre, se perfilan bosquejos morales, se debaten sus sueños y sus caries; se ha convertido justamente en uno de nosotros: nadie es perfecto. Todo se vive como una proyección, cómplice la pantalla bifida de la televisión, con esa pátina opaca que ofusca la propia conciencia. Y he aquí el verdadero dolor, el luto auténtico: la única cosa que a los italianos interesa menos que las tonterías de las que hablan ordinariamente, es su propia conciencia, la desnuda virtud de confrontarse, en silencio, sin filtros, con aquel inestable centro de cada persona, que parece haber dejado de servir de brújula —si alguna vez sirvió como tal— en la búsqueda del destino y del deber de cada cual. Todos y cada uno parecen haberse divorciado de la realidad aprendida en forma crítica y contemplativa a la vez. Hubo un tiempo en que, por nosotros, pensaba la Iglesia. Ahora piensa por nosotros la Televisión. Lo importante es que no pensemos por nosotros mismos, y ocuparse caritativamente (primer caso) o democráticamente (segundo caso) de los Otros. Sobre todo cuando se equivocan (cuando Asesinan), porque entonces son ellos los más frágiles y necesitados de nuestra Comprensión. Y perdón por la molestia, pero este recital es para ustedes.

Cristina Campo, una santa del perfeccionamiento humano mediante la palabra y su silencio, autora de la más alta prosa italiana del siglo terminado, concluía así —corría el año de 1961— un ensayo titulado *Atención y poesía*: “Pedirle a un hombre no alejarse de sí mismo, pedirle que defienda su facultad de

atender el mundo contra los equívocos de la imaginación, contra la pereza de los hábitos, contra la hipnosis de la costumbre, es pedirle que lleve su condición humana a la más alta expresión. Es pedirle algo muy cercano a la santidad en un tiempo que parece perseguir solamente, con furia ciega y escalofriante éxito, el divorcio total de la mente humana con su indeclinable facultad de atender su mundo.” —

— MARCO PERILLI  
Traducción de Greco Sotelo

## POLÍTICA

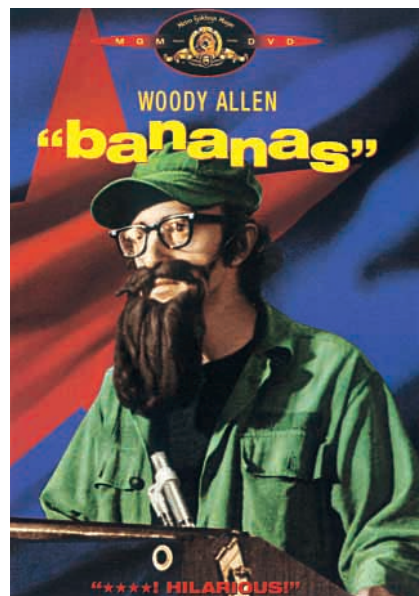
### *Historia de dos repúblicas bananeras*

San Marcos es una nación latinoamericana que nació de la imaginación de Woody Allen. El país ficticio es el escenario central de *Bananas* (1971), segundo largometraje del cineasta neoyorquino. Al ver esta película, tres décadas después de su estreno, uno puede sacar dos conclusiones: el humor de Allen ha madurado mucho con el tiempo, y América Latina aún mantiene esa imagen de territorio condenado al subdesarrollo económico y la inestabilidad política. Ante los acontecimientos de los últimos meses en Venezuela, la tragicomedia de *Bananas* se presenta como un retrato vigente de algunas naciones del Cono Sur.

El escritor venezolano Arturo Uslar Pietri definió su patria como “un país pegado a una industria petrolera”. La frase es válida para designar tanto la Venezuela de hoy como el México de hace dos décadas. En 1982, de cada dólar exportado por México, 78 centavos provenían de la venta de hidrocarburos. Para el año 2000, el petróleo y el gas natural aportaron menos del 10% de las ventas al exterior, mientras que hoy en día, para Venezuela, la venta de energéticos representa el 84% de sus exportaciones totales.

En este rubro de la economía, la Venezuela de Hugo Chávez se parece mucho al México que gobernó José López Portillo. Hace 25 años, México y Vene-

zuela tomaron la misma senda para alcanzar el desarrollo: las ganancias del petróleo y los préstamos del exterior serían los motores para alcanzar la prosperidad. Cuando se desplomaron los precios por barril y subieron las tasas de interés, la ilusión de ambos países se tornó pesadilla. Aquí, México decidió virar el rumbo e iniciar el proceso de reformas estructurales. La apertura comercial, y la reducción del intervencionismo estatal en la economía, transformó la estructura productiva de nuestro país.



Bananas, o De aquí a la eternidad.

Entre tanto, Venezuela insistió en su derrotero con la aspiración de convertirse en la Arabia Saudita del hemisferio. La opción resultó ser una puerta falsa. El oro negro del Orinoco no fue suficiente para salir del subdesarrollo.

El concepto peyorativo de *república bananera* se utilizó para describir la situación que privó en Guatemala entre 1920 y 1944, cuando la United Fruit Company tenía una enorme influencia sobre la toma de decisiones del gobierno. En plena época de la industrialización, se consideraba que depender de la producción agrícola era un signo inequívoco de atraso. En la era de la información, un país que basa su desarrollo en la producción de materias primas está condenado al subdesarrollo. Las repúblicas bananeras de antaño son las

economías petrolizadas del siglo XXI.

México se salvó de permanecer condenado a la dependencia petrolera gracias a la integración comercial con la economía global. Ante la incapacidad de lograr una reforma fiscal que fortalezca la capacidad financiera del gobierno mexicano, los ingresos por exportación de hidrocarburos aún representan una importante fuente de recursos para el erario público. Sin embargo, la estabilidad económica nacional ya no depende exclusivamente del comportamiento veleidoso de los precios del petróleo.

El principal problema de Venezuela no es Hugo Chávez, sino la incapacidad de sucesivos gobiernos para reformar la economía. La elección del militar golpista a la presidencia fue el resultado de un profundo desprestigio de los dos partidos políticos tradicionales, que se alternaron en el poder desde fines de los años cincuenta. Tanto Acción Democrática (AD) como el Comité de Acción Política Electoral Independiente (COPEI) quedaron marcados por la corrupción y la ineptitud. El desgaste de las promesas que prodigaban los viejos políticos le abrió la puerta al caudillo megalómano.

El sistema de partidos políticos en México tiene una serie de candados legales para cerrarle el paso a una versión autóctona de Hugo Chávez: no se permiten las candidaturas presidenciales independientes y existe una serie de graves requisitos para la formación de nuevos partidos políticos. Con la actual legislación electoral, tampoco podría surgir el equivalente a Ross Perot, el millonario tejano que, al margen del sistema bipartidista, autofinanció su malograda campaña presidencial en Estados Unidos.

Sin embargo, nuestro país no ha encontrado una vacuna contra uno de los males que devastó el sistema político venezolano: la ineptitud. Cuando el ejercicio de gobierno no ofrece a la población ningún resultado tangible, se puede abrir una peligrosa fisura en los cimientos de la estructura política. El desencanto es la premisa del cinismo. La apatía frente a las urnas, y la pérdida

de fe en la democracia como forma de gobierno, son el abono ideal para la proliferación de los demagogos.

En Venezuela, Chávez cosechó la frustración ciudadana contra la política tradicional. Un sólido sistema de partidos quedó hecho polvo ante las arengas del estadista de manicomio. La prosa beligerante del caudillo crió cuervos que se volvieron a sacarle los ojos. Después de permanecer en la cárcel por haber dado un golpe de estado, y luego de sobrevivir a otro en su contra, Hugo Chávez demostró que tiene más vidas que un gato con suerte. Sin embargo, su capacidad de supervivencia política no es necesariamente una buena noticia para su país. Sin cambios profundos en la economía, Venezuela seguirá muy parecida al San Marcos de Woody Allen. Y si México no fortalece las reformas estructurales, cada vez estaremos más cerca de Venezuela. —

— JUAN E. PARDINAS

## POESÍA

### “... más allá / de las torres gemelas”

“Ser una casta pequeñez” es uno de los primeros poemas del primer libro de López Velarde.

Muchos lo recordamos de memoria: empieza con aquello de “Fuérame dado remontar el río de los años”, volver a ser niño para que la amada lo tome a uno entre sus brazos, al pasar por su reja en una “tarde inválida”. Es un poema de juventud, casi adolescente, pero no por completo; no es sólo el “regreso a la inocencia y feliz ignorancia de la niñez”, según apunta Alfonso García Morales

(Hiperión, 2001), editor reciente de los tres libros del poeta jerezano. El poema fue publicado por primera vez en 1915, cuando López Velarde tenía 27 años, y es

una mezcla de iglesia y mundo —más mundo que iglesia—, como podrá verse en lo que sigue.

Al pasar el niño junto a su reja, la amada lo sube a su regazo y le pregunta si es querida hasta el brocal del pozo o hasta el huerto del traspatio: “hasta el agua inmanente de tu pozo / o hasta el penacho tornadizo y frágil / de tu naranjo en flor.” El niño le contesta quererla más allá de las “torres gemelas”, es decir, más allá de las torres de la iglesia. Hay que hacerse una composición de lugar para entender el poema: al caer la tarde Ella está a la puerta, lo sube a su regazo; hacia el interior, en el patio, está el pozo y más allá, al fondo, el huerto donde hay un naranjo en flor; por encima del huerto, tal vez en la lejanía, se ven las torres de una iglesia. Imaginemos también el diálogo que el poema resume: “¿Me quieres?”, “¿hasta dónde me quieres?”, “¿hasta el pozo o hasta el naranjo?”, le pregunta, y el niño le responde: “Te quiero hasta más allá de las torres de la iglesia.”

Las torres de las iglesias aparecen con frecuencia en los poemas de López Velarde, y a veces junto a los naranjos. En “Viaje al terruño”, escrito en 1910: “Como níveo relicario / que ocultan los naranjales, / del coche por los cristales /

¿no distingues el Santuario?”; las torres del Santuario, que se mencionan en seguida, están más allá de los naranjales. También en “A la Patrona de mi pueblo”, de 1916, hay “la lección esbelta / y firme de tus torres...” junto con el “atrio de naranjos”, referido dos veces. Con un temblor pagano, la “lección esbelta” de las torres se convierte más adelante en las “torres ágiles” que con sus faroles de



La frente limpia y bárbara del mito.

papel, en la noche, simulan “un tenue / y vertical incendio”; y la última estrofa expresa la esperanza de que, en la tiniebla del alma del poeta, la Virgen ponga

una “rojiza aspiración” procedente del “inmóvil incendio de [sus] torres”. De más está decir que, junto a las iglesias, la proximidad de los azahares o de los naranjales tiene siempre una reminiscencia de tálamo. El mismo poema, “A la Patrona de mi pueblo”, comienza con “Señora; Llego a Ti / [...] / para aspirar los naranjos / de elección, que florecen / en tu atrio, con una / nieve nupcial...” Naranjos de elección en el sentido de vasos de elección, esto es, instrumentos de la divinidad, que se vale de ellos para propiciar connubios.

En el poema de la *casta pequñez*, si bien el poeta ha logrado “ser de nuevo / la frente limpia y bárbara del niño” —inocente de todo pensamiento malo, e inculta de toda civilización—, no puede menos, al ser tomado en brazos por la amada, que sentirse bien “en la aromática / vecindad de [sus] hombros y en la limpia / fragancia de [sus] brazos”: de ahí que le conteste, entusiasmado, quererla más allá “de las torres gemelas”. Pero al llegar a este punto, limpia o no la frente del niño, todo conspira contra la inocencia. El agua inmanente del pozo, el penacho tornado del naranjo en flor, el aroma de los hombros y la fragancia de los brazos, contaminan por completo las “torres gemelas” de la iglesia, que no pueden sino evocar los pechos de la amada, en cuya vecindad, también, por fuerza estuvo el niño aquella tarde.

No es difícil justificar con textos del poeta interpretaciones más o menos sicálpticas. Hay poemas enteros donde la teología católica y la liturgia se vuelven meros recursos para expresar con plenitud su erotismo. A principios del siglo XX, y a las puertas de una evolución en la moralidad y los estilos de las relaciones sexuales, Ramón López Velarde quería decir toda la verdad, y la dijo. Sale un poco sobrando la confesión general, incluida en uno de sus poemas póstumos y que tal vez él no habría publicado, por obvia: “En mi pecho feliz no hubo cosa / de cristal, terracota o madera, / que abrazada por mí no tuviera / movimientos humanos de esposa.” —

— ARTURO CANTÚ

## ENTRETENIMIENTO

### *El fin del cuerpo (como lo conocemos)*

Hace tiempo que el cuerpo humano dejó de ser necesario para tener sexo. Primero fueron las muñecas inflables, que convirtieron el acto carnal en algo muy parecido a fornicar con un neumático. Por supuesto, no faltó quien satirizara esta práctica. El filme *El último combate*, del francés Luc Besson, se inicia con lo que parece ser un intenso encuentro sexual. Sin embargo, en pleno ajetreo horizontal, la “mujer” se poncha y desinfla, dejando al protagonista con un *coitus interruptus*.

Cindy Sherman fue mucho más lejos en una serie de crudas fotografías en las que aparecen sólo partes de este y otro tipo de muñecas: un rostro, los pechos y la vagina, por ejemplo. Los vacíos corporales que expone de manera brutal el trabajo de la artista estadounidense, sirven para señalar uno de los fenómenos en los que está inmerso el hombre del nuevo siglo: la transmutación hacia una sexualidad *posthumana*. La sustitución del cuerpo y sus fluidos —mas no de sus orificios.

Mauricio Ortiz da una luz al respecto en su libro *Del cuerpo*: “Los líquidos del cuerpo han adquirido una reputación particularmente mala. La sangre y el semen no son ya el fluido de la vida y el de su persistencia: ahora se subraya su carácter de vehículos de muerte.”

Y para huir de la muerte hay que ser más perfectos que ella.

En 1996 las muñecas inflables pasaron a la historia. Desde entonces, la vanguardia son las llamadas *Real Dolls*, que están hechas de silicona. Como su nombre lo indica, son de un realismo perturbador. La filosofía que llevó a su creación es tan fría como contundente: si ya muchas mujeres tienen altas dosis

de silicona en sus cuerpos, ¿por qué no crear una que lo tenga de pies a cabeza? Matt MacMullen, quien trabajó en la industria de los efectos especiales, es la versión finisecular del Dr. Frankenstein y el visionario detrás de este redituable negocio. Su compañía Abyss Creations, situada en San Diego, ha fabricado ocho tipos distintos de muñecas que cuestan



*Real Doll: La apoteosis del silicón.*

alrededor de 6,000 dólares cada una. Y sus clientes aumentan día con día.

Las *Real Dolls* tienen debajo de la piel sintética un esqueleto articulado, lo que les permite adoptar diversas y anatómicas posiciones. El tamaño de los pechos y una serie de detalles, que van del color de las uñas al corte del vello púbico, lo escoge el comprador. La clave de su realismo está en el material con el que se fabrican —el mismo que se utiliza en los *animatronics* cinematográficos: una goma de silicona a la vez flexible y resistente, que contiene aceite entre sus moléculas. No se seca como el látex y dura muchos años. Las muñecas, incluso, se pueden meter a una tina con agua caliente.

Una vez hecha la elección, la mercancía se envía cuidadosamente empaquetada en una enorme caja de madera. Si el dinero no alcanza, las *Real Dolls* se pueden adquirir en una versión del torso para abajo... Lo que nos trae un *flashback*: Cindy Sherman y su separación quirúrgica del cuerpo.

La carne reducida a fragmentos, como en la fantasía erótica de un asesino sexual.

Muchos clientes de MacMullen se manifiestan enteramente satisfechos con su compra. De hecho, sus testimonios pueden leerse en el sitio oficial *realdoll.com*. Otra de las cosas que ahí se revelan es que estas muñecas no sólo sirven para aliviar tensiones corporales. Hay quienes las sientan a la mesa para que los acompañen a comer: un gesto que las vuelve tan siniestras como sus predecesoras rellenas de aire.

Hay otras imágenes inquietantes: las fotografías que mostró la revista *GQ* de la fábrica de Abyss Creations en San Diego. Las muñecas de silicona colgando acéfalas de ganchos, como reses en un rastro, mientras las cabezas esperan las especificaciones de los compradores sobre el tipo y color del cabello.

¿Cómo será el sexo en el futuro? No lo sabemos, aunque tampoco cuesta mucho imaginarlo. Lo cierto es que actualmente hay una demanda por esta carne inanimada, a la carta, sin líquidos, olor ni sabor. Completamente aséptica. El fin del cuerpo como lo conocemos. Y el principio de una nostalgia por su exquisita suciedad. —

— BERNARDO ESQUINCA

## POLÍTICA

### *Tiempo de cetrería*

El escenario ha sido plasmado hasta la saciedad en Hollywood: ocurre un ataque inesperado en contra de Estados Unidos, las autoridades en Washington se debaten entre aquellos que quieren destrozar al enemigo lo más pronto posible, y los otros, los de la cabeza fría, que prefieren el camino de la diplomacia antes que caer en un enfrentamiento catastrófico. El 11 de septiembre marcó, por un buen tiempo, la desaparición de los “suaves”. Hoy, la milicia estadounidense volvió a su pedestal y los contratos para la construcción de armamento están, casi en su totalidad, viviendo un apogeo. Pero nadie ha disfrutado más este *revival* que los halcones de Washington. Después de años de estar relegados, ocultos en alguna oficina esquinada en el Pentá-



*Del mundo como un diamante de beisbol.*

gono, los amantes del hongo nuclear y demás linduras están de regreso, listos para enseñarle al mundo a querer, como ellos, a la bomba. Para ese grupo pequeño —pero poderoso— de políticos proclives a hablar de guerra en cada oportunidad, lo ocurrido en Nueva York fue un verdadero sueño: a sus ideas, a sus teorías catastrofistas, les llegó la hora.

En el mundillo militarista de la capital estadounidense hay literalmente de todo. Paul Wolfowitz, el poderoso subsecretario de Defensa, ha soñado con invadir Irak desde hace años. Las locuras de Osama Bin Laden funcionan, ahora, como el mayor acicate para emprender una campaña en contra del dictador iraquí. Wolfowitz debe de estar frotándose las manos. A la derecha de Wolfowitz se sienta Richard Perle, también conocido por el encantador sobrenombre de *El Príncipe Negro*. El sueño de Perle no se detiene en Bagdad. Para Perle, la prioridad número uno de Estados Unidos debe ser construir el famoso escudo antibalístico de misiles que, en la era de los hombres-bomba, no servirá de nada. Pero eso no importa para Perle. Lo que el Príncipe quiere es ver su escudo funcionar, como quien añora los juegos pirotécnicos de la infancia.

Ninguno de estos modernos pistoleros importaría, de no ser por la atención que reciben de George W. Bush. El presidente norteamericano ve la vida como extensión de una fraternidad universitaria. Todo se divide en amigos y enemigos, gente que “está con uno” y gente que está con el enemigo, cualquiera que éste sea. A esto habría que agregar una estructura de pensamiento eminentemente deportiva. Bush sigue viviendo en un diamante beisbolero. Si un equipo le ganó hace años, el único camino es la revancha. Irak, y su jonronero Saddam, son el equipo rival por excelencia para Bush; poder enfrentarlo de nuevo sería mejor, quizá diría el mandatario, que una serie entre Boston y Nueva York.

Emocionado con la idea de comenzar una nueva campaña contra Irak, Bush ha estado arreando a sus tropas con particular entusiasmo. El mes pasado, el tejano visitó la academia militar en West Point (las ligas menores, pensaría Bush). Ahí, sin pensarlo dos veces, el presidente estadounidense gritó, como buen *manager* que inspira a sus bateadores, que Estados Unidos debe siempre golpear primero. Los cadetes le regalaron una ovación de pie. Nada mejor que un presidente que otorga, entre sonrisas, licencia para matar.

Claro está que buena parte de la explosión militarista estadounidense es comprensible: después de todo, Estados Unidos tiene derecho a defenderse. Lo que es una pena es que las voces que se escuchan en Washington pertenezcan a los alarmistas, a los halcones que, de un momento a otro, tienen prácticamente carta blanca. Para colmo, en Estados Unidos la guerra es casi una garantía electoral: la administración Bush estaba en agonía política antes del 11 de septiembre. Si las encuestas así lo aconsejan, la guerra contra Irak comenzará cuando sea útil en las urnas. Los halcones preparan su ataque: alguien debería encapucharlos de nuevo. Para un mundo tenso, la cetrería es mala consejera. —

— LEÓN KRAUZE